

# El perverso encanto de la corrupción. Perfil y aceptación del dictador latinoamericano

RONALDO MENÉNDEZ

*Escritor y Periodista*

## RESUMEN

El mapa político latinoamericano, a medida que se ha ido 'modernizando', nos ofrece un curioso cambio en la condición del dictador. Poco a poco las tomas de posición abiertamente antidemocráticas han cedido lugar a cierto tipo de gobernantes que opera bajo el imperativo dictatorial, enmascarados en corrupción institucional a distintos niveles. La ambición de perpetuarse en el poder funciona como un círculo vicioso: abandonarlo significaría un ajuste de cuentas con respecto a una gestión corrupta. El presente artículo contempla y describe dicho estado de cosas, pero sobre todo intenta profundizar en las causas que fomentan el fenómeno de la impunidad con respecto a este nuevo perfil del dictador latinoamericano.

**Palabras clave:** Dictador, Corrupción, Impunidad, Ambición, Democracia.

## ABSTRACT

The Latin American political map, as it has been evolving, offers us a curious change in the dictator's condition. Little by little, the openly anti democratic position has given rise to certain types of leaders that operate under the dictatorial regime masked in several levels of the institutional corruption. The ambition to remain in power acts as a vicious cycle: to abandon this would imply settling scores with a corrupt administration. The present article shows and demonstrates this state of things, but overall, it tries to deepen the causes that promote the impunity phenomenon with respect to the new profile of the Latin American dictator.

**Key words:** Dictator, Corruption, Impunity, Ambition, Democracy.

La historia —o más exactamente, el basurero de la historia, como le gustaba decir a Marx— ha producido variopintos dictadores en todas las latitudes. Entre sus rasgos comunes está una paradójica mezcla entre el afán de hacerse querer por las multitudes, y la constante actitud represiva para perpetuarse en el poder. No obstante, el perfil del dictador latinoamericano contemporáneo ha ido desplazando la represión abierta y chapucera (al estilo de un Pinochet o un Stroessner), por una aguda capacidad para combinar la corrupción administrativa y política con la indulgencia y aceptación por parte de grandes sectores de la población, e incluso de las llamadas ‘clases instruidas’ latinoamericanas.

¿A qué se debe esta lamentable actitud de aceptación, según la cual personas bien intencionadas son capaces de, aun sabiendo los niveles de corrupción a que llega tal o cual gobernante, preferirlo en el poder por encima de los mecanismos institucionales garantes de la democracia? Revisemos en primer lugar algunos paradigmas.

Hace dos años, cuando George W. Bush visitó Lima, una fracción casi olvidada del movimiento Sendero Luminoso puso una bomba en un centro comercial ubicado frente a la embajada de Estados Unidos. Yo andaba por allí comprando tabaco, así que el azar puso mi pellejo donde no debía. Pero el yo periodista —como suelen decir los propios estadounidenses— estaba en el lugar y en el momento adecuados. Y aunque los diez muertos que dejó el atentado ante mis ojos desde el primer momento nublaron mi capacidad reporteril, tomé nota de algo curioso: desde muchos de los autos que pasaban cerca salían gritos que expresaban algo así como: “Que regrese el chino”. O sea, querían que el ex presidente, el prófugo japonés Alberto Fujimori, volviera a reinar en el Perú.

Desde entonces ha llovido mucho, aunque no en Lima donde jamás cae una gota, real y metafóricamente: según las encuestas, cada vez hay más gente que quiere “que regrese el chino”. Y eso que ya no sólo ha quedado clara la falsa nacionalidad peruana de Fujimori, sino además la suculenta corte de delincuentes de Estado que floreció bajo su mando. La pregunta obligada es: ¿Qué pasa con esto? Quien en pleno reinado se encargó de comprar y corromper a los medios de comunicación, hoy hasta tiene un programa radial para hacer demagogia desde Japón. Si mañana regresa, casi seguro vuelve a ganar las elecciones.

Tres ex mandatarios de muy dudosa honestidad acaban de regresar a Ecuador. Y no sé por qué nos asombramos, si ya se va convirtiendo en un hábito que la alta clase política latinoamericana meta las manos hasta el codo, luego meta la pata, y al final ponga pie en polvorosa. He aquí la fórmula: robar unos millones de aquí y allá, negociar por lo bajo bienes del Estado, remover cortes jurídicas y carteras ministeriales de manera inconstitucional, y cuando la cosa se pone fea o llega el siguiente gobernante con sus comisiones investigadoras y se abren procesos judiciales, a salir corriendo.

A veces es de lo más pintoresco: el peruano Alan García corrió por los tejados. Otros tienen un estilo menos sensacional y más cínico, como Fujimori que dijo iba a dar una vuelta de un par de días al Japón y se llevó un avión de maletas de dinero: todavía lo están esperando para hacerle juicio. Y para completar la fórmula, como dice la canción: todos vuelven. Entre la amnesia histórica y los tribunales parcializados estos distinguidos delincuentes consiguen siempre regresar a sus países y volver a las andadas. La cereza del pastel de la complicidad suele ponerla la muchedumbre de electores y partidarios.

Hace poco Hugo Chávez ganó un dudoso referéndum. Estoy seguro de que no pasará mucho tiempo sin que asistamos a una versión del retorno del rey Fujimori, pero mientras tanto nos podemos ir entreteniendo con Bucaram recargado. Alan García trabaja en Lima, muy cerca de su reelección y ya nadie se acuerda de la inflación monstruosa y de todo lo demás. Siguiendo la procesión, el ex presidente ecuatoriano Gustavo Noboa entró en escena el domingo 3 de abril, después de un reconstituyente asilo en República Dominicana. Y luego el ex vicepresidente Alberto Dahik, que andaba por Costa Rica, completó la trilogía de prófugos que han logrado retornar tras ser anulados los juicios que pesaban en su contra.

Ante este desastroso mapa de impunidad vale la pena pasarnos del lado del hombre común y silvestre latinoamericano, para entender qué pasa. Todos los caminos me conducen a parafrasear un verso del asesinado poeta salvadoreño Roque Dalton: “El problema ya no es la nación ajena, sino la enajenación”. El hecho de que un atentado de Sendero Luminoso arranque reclamos por el dictador Alberto Fujimori indica que el mecanismo suele ser un *remake* del viejo asunto del enemigo único. No hay nada como el cultivo de ciertas fobias naciona-

les para hacer que las muchedumbres acepten la mano dura del líder absoluto. Y los presidentes mitómanos y corruptos suelen saber esto desde que nacen a la política.

He aquí una primera causa: el miedo a un enemigo único, que puede ser interno (como en el caso del Perú con el fantasma del terrorismo), o externo (como en el caso de Venezuela con la virtual invasión Bush). Ahora bien ¿Por qué se convierte en algo indisociable la figura del dictador con la del paladín que salvaguarda al pueblo de este enemigo? Es curioso que grandes sectores de la población no se planteen la siguiente pregunta: ¿Por qué no se combate el terrorismo o se protegen las fronteras o se evita cualquier otro mal desde la aceptación de las estructuras democráticas?

Este enemigo único –como afirmaban Allport y Postman– aunque puede tener fundamentos más o menos ‘reales’, está hecho de la sustancia del mito y de la manipulación política, y pasa incluso por la construcción mediática y las fobias nacionales. El hecho de preferir un dictador de mano dura a estructuras institucionales democráticas, nos lleva a una segunda causa de esta aceptación: el paternalismo institucional y la falta de responsabilidad política y de cultura cívica del pueblo. La gente empieza a temerle al regreso de un exilio radical que se va a tomar no se sabe qué revanchas, a una invasión norteamericana, a la ola de terrorismo interno o a alguna inflación inexplicable de épocas pretéritas. Entonces ocurre un curioso fenómeno que se parece al complejo de Electra trasladado al cuerpo social: la muchedumbre se enamora del padre, comienza a aceptar que el presidente se comporte como un padre disciplinante e incluso caprichoso. Total, así son los padres (léase presidentes) pero todo lo hacen por nuestro bien: nos protegen de algo que a veces ni siquiera está muy claro, pero algo es algo.

Conozco muchos pequeños empresarios peruanos y ecuatorianos. Repito, eso que llamamos superficial y comúnmente gente bien intencionada, capaces de impartir justicia en sus estrechos márgenes de poder, e incluso de ayudar al prójimo desinteresadamente, que sin embargo no se cansan de añorar dictadores pretéritos y corruptos. El argumento suele ser siempre más o menos el mismo: con aquel estábamos mejor. Y cuando uno replica que Fujimori, entre otras cosas, robaba, la respuesta estandarizada es que igual todos los presidentes

roban. Cuando la gente manifiesta su nostalgia de Pinochet agradeciéndole todo el bien que le hizo a la economía, y uno dice que el General, entre otras cosas, era un dictador y mataba, los defensores suelen replicar que casi todos los presidentes hacen esas cosas. ¿Todos los presidentes roban y hacen ‘esas cosas’? ¿Dónde?

Detrás de esta postura, sospecho que se esconde una tercera causa no menos significativa que las anteriores: el oportunismo económico de las clases medias ante la corrupción. Todo Estado corrupto necesita de cómplices, y cuantos más, mejor. En este caso el precepto de la arquitectura racionalista se invierte: más no es menos; sencillamente, a mayor cantidad de implicados, más posibilidades hay de anquilosar y perpetuar la corrupción. Más posibilidades hay de quedar impune y de ‘cubrirse’ los unos a los otros.

Por eso gobiernos como el de Fujimori o Noboa han propiciado que el desajuste fiscal, los sobornos, la evasión de impuestos, los privilegios mercantiles, abarquen a grandes sectores de la clase media empresarial. Por eso esta ‘buena gente’ de pequeñas empresas se siente tan a gusto y prosperan con el dictador de turno, y luego sienten nostalgia cuando éste sale huyendo. Y lo que es peor, allí están, deseosos de engrasar otra vez el perverso engranaje cuando el prófugo regresa. Por eso es tan peligroso que el discípulo ex mandatario vuelva al lugar del delito.

Lo curioso es que con el demócrata de turno (pongamos por caso Alejandro Toledo) si no hace las cosas bien, las muchedumbres, en lugar de buscar una salida democrática a la crisis, sienten una irrefrenable nostalgia del dictador perdido. Así vamos, y que regrese el chino. Pero ya se sabe que las muchedumbres suelen ser ruidosas y ruidosas, de modo que esta absurda complicidad antidemocrática genera permanentes pérdidas en los países latinoamericanos. Lo que muchos quieren ver como la solución del problema, es precisamente una de sus causas directas.